

# La obra de Alcides Arguedas

INTERESANTE historia la de este grave y noble escritor. Primero, en su Bolivia natal, estudió, con lúcido patriotismo y doliente amor, los males de su «pueblo enfermo». Viajó por Europa para olvidar su desencanto y escribió un libro sólido y triste.

Pero, su pueblo enflaquecido y sin salud no quería morir. Pidió admoniciones al escritor, le llevó a la diplomacia, a la política. Que abandonara su torre amarga el analista, que plasmará realidades en lucha cotidiana. Primer contacto del intelectual y del medio inferior, de la apasionada «plebe en acción». ¿Qué será el sociólogo en este nuevo avatar de su vida inquieta, ministro, caudillo, capitán de voluntades, profeta que gime en la puna desolada?

Con fervor seguimos su esfuerzo en que se juntaron dolores y esperanzas. Arguedas olvida su libro acedo y cree resueltamente en una patria remozada. En novelas se derrama su actividad intelectual. Le interesa el destino de la raza proscrita, la «raza de bronce», humillada y agotada, el indio sobre cuya historia gravita un ingenuo mesianismo. Trabaja en el Congreso nacional, pero vive lejos de la ciudad, en un refugio sin molice, sin el vino horaciano, ni ritmo de égloga.

Entre tanto, reunía documentos, visitaba los antiguos templos abandonados. ¿Había muerto en él la fe necesaria al hombre de acción? Amigos que admirábamos su talento, Blanco Fombona, Barbagelata, el que firma estas líneas, le sugerimos que escribiera, con severa imparcialidad, la historia de Bolivia. Al dedicarnos su obra ha recordado esta afectuosa complicidad. Seguros estábamos del éxito de su notable empeño.

Pero, al trasmutarse el crítico en cronista, abandona el país y vuelve a Europa, silencioso, desengañado, desnudo de esperanza. De los archivos en que sumergió sus manos trémulas surgió tal vez la visión dantesca de una patria condenada a permanente anarquía, de tiranías sin grandeza, de «Césares de Todo».

Arguedas nos ha dado su confesión que es como un capítulo americano del *Uomo*

*finilo* de Papini. El escritor se declara fracasado. La democracia le ha abandonado, ni le lee, ni le escucha. Enhestró su espíritu, creció en ambición y en fe, acaso soñó en ser el Reformador de su pueblo y sólo le queda el voluntario destierro como término a andanzas ilusivas. Como él, otros escritores de América que avanzaban en actitud de conquista, buscan el olvido y la paz. Arguedas ha escrito su breve elegía.

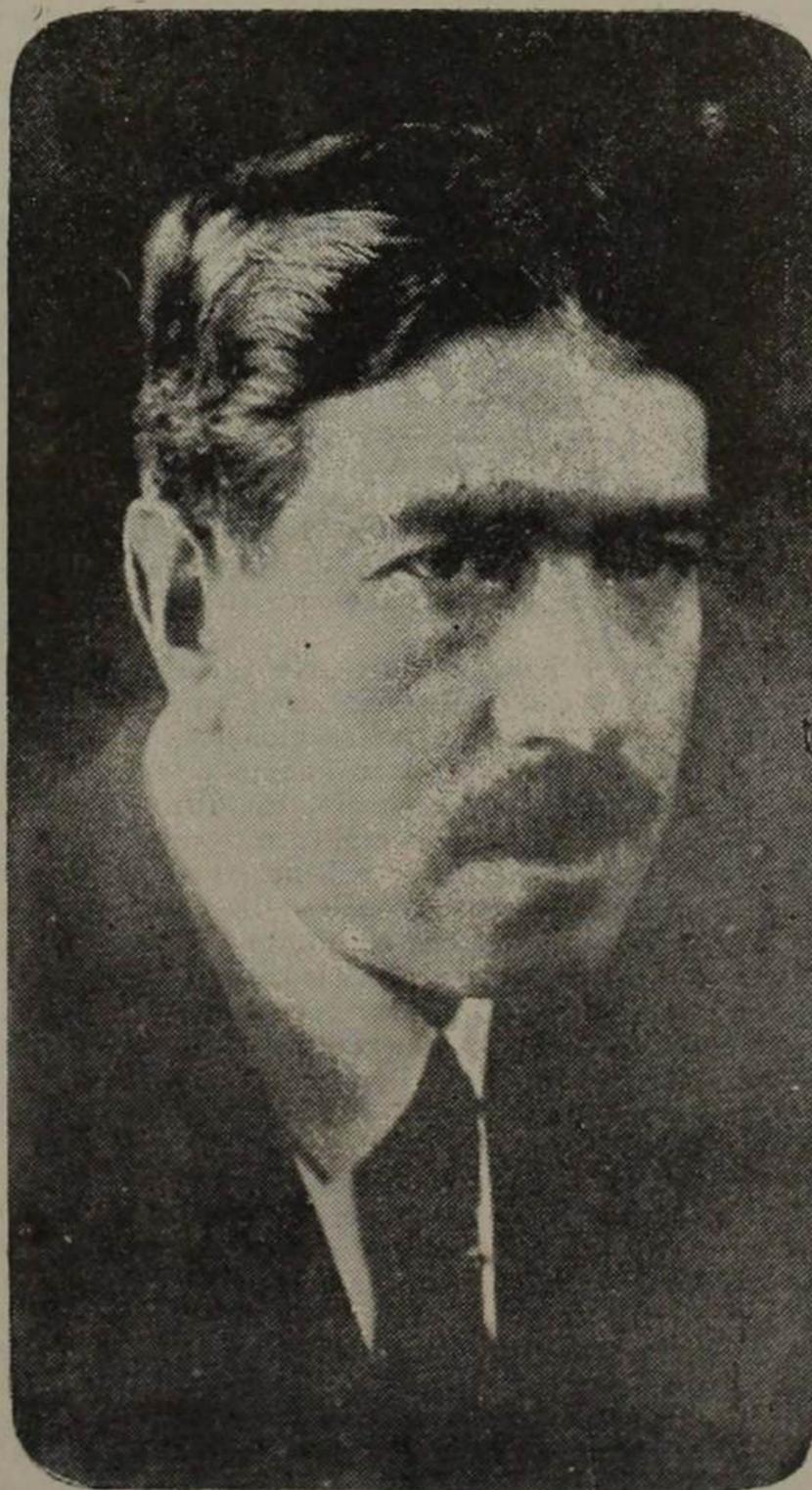
• •

Teníamos, en nuestras repúblicas, historias románticas sin segura documentación, visión más que examen, resurrección sin el soplo de los libros frenéticos de Michelet; o lenta inves-

tigación esclava de la cronología a la que faltaban perspectiva e ideas generales. Con Gil Fortoul, maestro de nuevas direcciones, el género se transforma. Es más precisa y más rica la información; el cronista estudia el espíritu de las épocas, tras la acción de individualidades con apetito de imperio, descubre oscuras corrientes de acción política; el duelo, en las almas, de razas que no han llegado a concertar su ambición. Arguedas pertenece a esta nueva escuela.

Con absoluta sinceridad empieza a escribir su Historia. Sin otra pasión que el culto de su patria, examina papeles inéditos, estudia libros raros, sigue en las bibliotecas la curva de un pasado singular. De uno a otro volumen observamos evidente progreso. En el primero, se limitaba a ajustar noticias y testimonios. En el segundo, consagrado a los *Caudillos letrados*, el historiador ordena los hechos en torno a figuras soberanas, juzga, compara, interviene como el coro antiguo con reflexiones y sugerencias mientras combaten los personajes secundarios. Conocemos ya el plan de libros venideros. Va a animarse la narración y veremos llegar los años trágicos como ineludible consecuencia de la anarquía de medio siglo.

¿Qué son los «caudillos letrados»? Con ironía los denomina así el historiador, porque ellos también se separan de los «doctores» y prefieren la fuerza nuda a la ciencia difícil, el *sic jubeo* a tu lento examen de razones y consecuencias. Ni Velasco, ni Blanco, ni Ballivián, ni el mismo Santa Cruz forman parte de la estrecha clase de los que saben y meditan. Son hombres de ambición desatada y de firme acción. ¿Van a construir, con heroica voluntad, una patria seria, vencerán al caos con la violencia? La Historia de Arguedas demuestra que, en Bolivia, como en México o en el Paraguay, sin esfuerzo de organización y pacificación, sin el establecimiento de clases y partidos, sin la definición de intereses, sin sublime desinterés en los que mandan, la dictadura perpetua un estado de incertidumbre y de guerra interior. En vez de crear el



ALCIDES ARGUEDAS